

# PAPÁ MUMIN Y EL MAR

TOVE JANSSON

Traducción del sueco de  
Mayte Giménez y Pontus Sánchez

Ilustraciones de la autora

Las Tres Edades Ediciones Siruela



## PRIMER CAPÍTULO

### La familia en la bola de cristal

Una tarde de finales de agosto, un padre se paseaba por su jardín sintiéndose innecesario. No sabía qué hacer, porque o ya estaba hecho, o había alguien haciéndolo.

Iba de un lado a otro sin rumbo y, tras él, arrastraba tristemente la cola sobre la tierra seca. El calor estaba cociendo el valle y todo estaba quieto, en silencio y un poco polvoriento. Era el mes de los grandes incendios forestales y había que tener mucho cuidado.

Había advertido a su familia. El padre había explicado una y otra vez que en el mes de agosto tenían que ir con cuidado. Había descrito el valle en llamas, el crepitar, los troncos abrasados y el fuego que se extendía por debajo del musgo. ¡Brillantes columnas de fuego que se levantan hacia el cielo nocturno! Olas de fuego que se precipitan sobre las laderas del valle y siguen bajando hasta el mar...

Y se lanzan al agua chisporroteando, terminaba diciendo Papá Mumin con una sombría satisfacción. Todo es negro porque todo se ha quemado. Hasta la más pequeña criatura tiene una gran responsabilidad. ¡Cualquiera que tenga cerillas!

Toda la familia dejaba de lado lo que estaban haciendo y respondían: Claro que sí. Sí, sí. Después, continuaban con lo suyo.

Siempre estaban haciendo algo. Tranquilos, pero con interés y sin detenerse, hacían las pequeñas cosas que llenaban el mundo. Su mundo era limitado y privado, no había nada que añadir. Como un mapa donde todo está descubierto y habitado y donde ya no hay ningún lugar nuevo. Y se decían unos a otros: Papá siempre habla de los incendios forestales de agosto.

El padre subió a la veranda. Las patas se le quedaban pegadas, como siempre, en el barniz del suelo, se escuchaba un leve ruido mientras subía la escalera hasta la silla de mimbre. La cola también se pegaba, parecía como si alguien tirara de ella.

Papá Mumin se sentó y cerró los ojos. Ese suelo debería volverse a barnizar. Era el calor, claro. Pero un buen barniz no se derrite sólo porque haga calor. Quizá el que tenía no servía. Hacía mucho tiempo que había construido la veranda y se tenía que volver a barnizar, estaba claro, pero primero había que pulir el suelo con papel de lija, un trabajo tremendo, un trabajo que nadie reconoce. Hay algo especial en un nuevo suelo blanco pintado con una brocha gorda y un barniz brillante. La familia tiene que ir por la parte de atrás para no pisarlo. Hasta que los dejó entrar y les digo: Adelante, vuestra nueva veranda... Hace demasiado calor. Me gustaría irme a navegar. Navegar hacia adentro, muy adentro...

Papá Mumin notaba cómo el sueño empezaba a entrarle por las patas, pero se sacudió y encendió la pipa. La cerilla continuó encendida en el cenicero y la observó interesado. Jus-

to antes de que se apagara, el padre cortó unos cuantos trozos de periódico y los puso encima de la llama. Era una pequeña y bonita hoguera, casi invisible por la luz del sol, pero quemaba muy bien. La observaba con mucha atención.

Ahora se apagará, dijo la Pequeña My. Tienes que poner más. Estaba sentada sobre la barandilla, a la sombra del poste de la veranda.

¿Estás otra vez ahí?, dijo Papá Mumin moviendo el cenicero hasta que se apagó la llamita. Estoy estudiando el comportamiento del fuego, es importante.

My se echó a reír y continuó mirándolo. Él se caló el sombrero hasta los ojos y se escondió en su sueño.

Papá, dijo el Mumintroll, despierta. ¡Hemos apagado un incendio forestal!

Las dos patas se le habían quedado pegadas en el barniz del suelo. El padre las despegó con una profunda sensación de desagrado e injusticia. ¿De qué estás hablando?, preguntó.

¡Un pequeño pero auténtico incendio forestal!, le dijo el Mumintroll. Justo detrás del campo de tabaco. Había fuego en el musgo y mamá dijo que podría ser una chispa de la chimenea...

Papá Mumin se levantó de golpe de la silla de mimbre y en un segundo se convirtió en un padre con una enorme capacidad de acción. Su sombrero cayó rodando por la escalera.

Está apagado, gritó el Mumintroll tras él. Lo apagamos enseguida. ¡No te preocupes de nada!

Papá Mumin se paró de golpe y se le hizo un nudo en la garganta. ¿Lo habéis apagado sin mí?, preguntó. ¿Por qué no me dijisteis nada? ¡Me dejasteis dormir y no me dijisteis nada!

Querido, le dijo Mamá Mumin desde la ventana de la cocina, pensamos que no era necesario despertarte. Era un fue-

go pequeñísimo, sólo salía un poquito de humo y yo por casualidad pasaba por allí con los cubos, así que bastó con que rociara un poco el camino...

¡El camino!, gritó Papá Mumin. ¡Sólo rociar! ¡Rociar, qué dices! ¡Y no vigilar el foco encendido! ¿Dónde está? ¿Dónde está?

Mamá Mumin dejó lo que estaba haciendo y fue corriendo hacia el campo de tabaco mientras el Mumintröll la miraba desde la veranda. La mancha negra en el musgo era muy pequeña.

Finalmente el padre dijo despacio: Quizá se pueda pensar que una mancha como ésa no es peligrosa. Pero no es así. Puede continuar ardiendo *debajo* del musgo, ¿lo entiendes? Bajo el suelo. Puede tardar horas, incluso días y de pronto, ¡oh! El fuego aparece arriba en un sitio completamente distinto.

¿Lo entiendes?

Sí, cariño, respondió Mamá Mumin.

Por eso me quedo aquí, continuó Papa Mumin removiendo malhumorado el musgo. Lo vigilo. Lo voy a vigilar toda la noche si es necesario.

¿De verdad crees...?, preguntó Mamá Mumin. Después dijo:

Qué bueno eres. Nunca se sabe con el musgo.

Papá Mumin estuvo de guardia toda la tarde vigilando la mancha negra y quitó un gran trozo de musgo de alrededor de ella. No quería entrar a cenar. Quería parecer ofendido.

¿Crees que se quedará allí toda la noche?, preguntó el Mumintröll.

Puede ser, dijo su madre.

Si estás enfadado, pues estás enfadado, dijo la Pequeña My pelando su patata con los dientes. A veces uno se tiene que

enfadar. Cualquiera bichito tiene derecho a estar enojado. Pero él lo hace de forma equivocada y no exterioriza nada, se lo guarda dentro.

Querida, dijo Mamá Mumin, seguro que Papá sabe lo que hace.

No lo creo, respondió la Pequeña My sincera. No lo sabe en absoluto. ¿Tú lo sabes?

En realidad, no, admitió Mamá Mumin.

Papá Mumin metió el hocico en el musgo y notó el olor ácido. La tierra ya no estaba caliente. Vacío la pipa en el agujero y sopló las brasas. Brillaron un momento y luego se apagaron. Papá Mumin pisoteó el desastroso lugar y se alejó despacio por el jardín para mirar la bola de cristal.

Como de costumbre, el anochecer había surgido del suelo y se concentraba debajo de los árboles. Alrededor de la bola de cristal había un poco más de luz. En ella se reflejaba todo el jardín, era hermosa en su pilar de espuma de mar. Era de Papá Mumin, sólo de él, su propia bola mágica de cristal azul brillante, que era el centro del jardín y del valle y, por qué no, del mundo entero.

Papá Mumin no miró dentro de inmediato. Se observó las patas sucias e intentó dominar el desconuelo que sentía en su interior. Cuando se sintió tan triste como pudo, miró rápidamente la bola para que lo consolara. Lo hacía siempre igual, cada tarde que bajaba para mirar dentro de ella aquel largo, cálido, hermosísimo y melancólico verano.

La bola siempre estaba fría. Su color azul era más profundo y más claro que el del mar y lo coloreaba todo de manera que se hacía más frío, remoto y extraño. En el centro del mundo se veía a sí mismo, su gran hocico, y a su alrededor se reflejaba un paisaje de ensueño diferente. El suelo azul era



muy profundo y dentro, en lo inalcanzable, Papá Mumin se puso a buscar a su familia. Siempre aparecían, sólo hacía falta esperar y la bola de cristal los acababa reflejando.

Naturalmente, al anochecer ellos estaban muy ocupados. Siempre estaban haciendo algo. Antes o después, la madre del Mumintröll iba de la cocina a la despensa a buscar salchichas o mantequilla. O al huerto de las patatas. O a buscar leña. Cada vez que salía era como si tomara un camino nuevo que le parecía emocionante. Pero nunca se sabía. Podía ser que saliera a hacer alguna cosa secreta y divertida, que jugara ella sola o también que se fuera a dar una vuelta para sentirse viva.

Aparecía por allí tan tranquila, como una bola blanca, entre las sombras más azules. Por allá lejos se paseaba el Mumin-troll solo. Por ahí arriba se deslizaba la Pequeña My en la ladera, como si sólo fuera algo en movimiento, porque apenas se la veía. No era más que el atisbo de algo decidido e independiente, algo tan libre que ni siquiera tenía necesidad de presumir y que la miraran. Pero dentro de la bola de cristal, en la imagen reflejada, todo se convertía en algo increíblemente pequeño y hacía que sus movimientos parecieran sin rumbo y desamparados.

Aquello le gustaba a Papá Mumin, era su juego de las tardes. Le daba la sensación de que los demás necesitaban que los protegiera ya que se hundían en un mar profundo que sólo él conocía.

Era casi de noche y, de pronto, algo nuevo ocurrió en la bola de cristal. Dentro se prendió una luz. La madre del Mumin-troll había encendido una luz en la veranda, algo que no había hecho en todo el verano. Era una lámpara de petróleo\*. De golpe, la sensación de seguridad se concentraba en un único punto, en la veranda y en ningún otro lugar, y allí estaba sentada Mamá Mumin esperando que su familia volviera a casa a tomar el té.

La bola de cristal se apagó y todo lo azul se convirtió en oscuridad. No se veía nada más que la lámpara.

Papá Mumin se quedó un rato más sin saber en qué estaba pensando. Después se dio la vuelta y se fue a casa.

Vaya, dijo Papá Mumin. Ahora creo que podremos dormir tranquilos. Por esta vez, el peligro ha pasado. Pero, para estar más seguro, al amanecer bajaré a vigilar.

\* En Suecia habrían tenido una lámpara de queroseno. (*N. de la A.*)

Ah, respondió la Pequeña My.

¡Papá!, gritó el Mumintroll. ¿No has notado nada especial?  
¡Tenemos una lámpara!

Sí, pensé que era el momento de encenderla ahora que las noches serán más largas. Así me lo ha parecido esta noche, dijo Mamá Mumin.

Papá Mumin dijo: Así acabas con el verano. La lámpara se enciende cuando el verano se ha acabado.

Después llega el otoño, replicó Mamá Mumin tranquila.

La lámpara hacía un ruidito mientras ardía. Aquello creaba un ambiente cálido y seguro, el círculo familiar que todos conocían y en el que confiaban. Fuera de él estaba lo desconocido y lo inseguro, que llevaba la oscuridad cada vez más alto y más lejos, hasta el fin del mundo.

En algunas familias es el padre quien decide siempre cuándo ha llegado la hora de encender la lámpara, murmuraba Papá Mumin dentro de su taza de té.

El Mumintroll había ordenado sus bocadillos en fila, como de costumbre: primero el de queso, después dos de salchicha, luego el de patatas frías y sardinas y, al final, el de mermelada. Estaba muy feliz. My sólo comía sardinas porque consideraba que aquella tarde era muy especial. Miraba fijamente y pensativa hacia la oscuridad del jardín, con unos ojos que, cuanto más pensaba y más comía, más negros se hacían.

La luz de la lámpara caía sobre la hierba y los arbustos de lilas. Llegaba muy débil hasta las sombras donde estaba la Morran sentada sola, consigo misma.

La Morran había estado tanto rato en el mismo sitio que el suelo se había helado debajo de ella. Cuando se levantó y se arrastró un poco hacia la luz, la hierba se quebró como el cristal. Un susurro de espanto se oyó desde las hojas, algunas de las cuales se enrollaron y cayeron estremecidas sobre sus



hombros. Las aster se apartaban de ella todo lo que podían y los saltamontes dejaron de chirriar.

¿Por qué no comes?, preguntó Mamá Mumin.

No sé, respondió el Mumintroll. ¿Tenemos persianas?

Están en el desván. No las necesitamos hasta que hiberne-  
mos. Mamá Mumin se volvió hacia Papá Mumin y preguntó:  
¿No vas a continuar construyendo la maqueta del faro ahora  
que tenemos lámpara?

Bah, respondió Papá Mumin. Es una tontería. No es de  
verdad.

La Morran se movió un poco hacia atrás. Miraba fijamen-  
te la lámpara y movía despacio su cabeza grande y pesada.  
Una niebla blanca de frío se formaba delante de sus pies. Se  
dirigió despacio hacia la lámpara, como una gran sombra gris  
de soledad. Los cristales tintinearón débilmente como con  
una tormenta lejana y el jardín contuvo la respiración. La  
Morran llegó hasta la veranda y se paró fuera del cuadrado de  
luz, sobre el suelo de la noche.

Entonces dio un paso rápido para pegarse a la ventana, con

el haz de luz directamente en la cara. Dentro, la tranquila habitación se llenó de gritos y de revoloteos, las sillas cayeron, se llevaron la luz a otra parte y, de pronto, la veranda se quedó a oscuras. Todos se metieron dentro para salvarse, hacia el centro de la casa, donde se escondieron con la lámpara.

La Morran se quedó un momento más y echó su aliento helado sobre los cristales de la ventana. Cuando se marchó, sólo era una parte más de la oscuridad que la rodeaba. La hierba sonaba y se rompía por donde pasaba, cada vez más débil y cada vez más lejos. El jardín dejó caer sus hojas con un escalofrío y volvió a respirar. La Morran había pasado y se había ido.

No hay ninguna necesidad de ponerse tras la barricada y vigilar toda la noche, dijo Mamá Mumin. Seguro que ha estropeado algo del jardín otra vez, pero no es peligrosa. Sabes que no es peligrosa, aunque sea horrible.

¡Claro que es peligrosa!, gritó Papá Mumin. Hasta tú has tenido miedo de ella. Tuviste un miedo tremendo, pero no tienes que sentir miedo mientras yo esté en casa...

Por favor, replicó Mamá Mumin. Se tiene miedo a la Morran porque está helada y porque no le gusta nadie, pero nunca ha hecho nada malo. Bueno, vamos a acostarnos.

Muy bien, respondió Papá Mumin dejando el atizador en su rincón. Muy bien. Si no es peligrosa no necesitáis que os protejan. ¡Qué descanso! Salió a la veranda, cogió queso y salchicha cuando pasó por delante de la mesa y siguió hacia la solitaria oscuridad.

¡Uy, uy!, dijo la Pequeña My asombrada. Se ha enfadado y resopla. Piensa vigilar el musgo hasta mañana por la mañana.

Mamá Mumin no dijo nada. Iba de un lado para otro arreglando las cosas para la noche, como era habitual en ella. Bus-

có algo en su bolso, bajó la luz de la lámpara y el silencio que se hizo fue muy extraño. Finalmente, sin darse cuenta de lo que hacía, se puso a quitar el polvo a la maqueta del faro de Papá Mumin, que estaba en el estante de la cómoda en el rincón.

Mamá, dijo el Mumin troll.

Pero su madre no le oyó. Fue hasta el gran mapa de pared, aquel con el Valle de los Mumin, la costa y las islas. Se subió a una silla para llegar lo más lejos en el mar y pegó el hocico a un pequeño punto en medio del blanco vacío.

Ahí está, murmuró la madre del Mumin troll. Ahí nos vamos a ir a vivir para pasarlo bien y mal...

¿Qué dices?, preguntó el Mumin troll.

Que es ahí donde vamos a vivir, repitió Mamá Mumin. Es la isla de papá. Papá va a cuidar de nosotros. Vamos a mudarnos allí a vivir nuestra vida y a empezar todo de nuevo.

Yo siempre había creído que eso era una cagada de mosca, dijo la Pequeña My.

Mamá Mumin bajó al suelo. A veces uno tarda, dijo. Se puede tardar un tiempo hasta que se hace la luz.

Después salió al jardín.

No quiero decir nada sobre los padres y las madres, dijo la Pequeña My parsimoniosa, porque en ese caso enseguida dirías que los padres y las madres nunca pueden ser tontos. Están jugando a algo, pero me comería un puñado de guano si entendiera a qué.

¡No se trata de que tú lo entiendas!, respondió el Mumin troll irritado. Ya sabrán ellos por qué están raros. Hay quienes se creen superiores sólo porque son adoptados.

Tienes toda la razón, contestó la Pequeña My. ¡Yo siempre estoy por encima!

El Mumin troll miró fijamente el solitario punto en el mar,

tan adentro, y pensó: allí quiere vivir Papá Mumin. Es allí adonde quiere ir. Lo dicen de verdad. Este juego es en serio. De pronto, el Mumintröll pensó que en el océano vacío se formaba un rompiente blanco alrededor de la isla y el mar empezaba a rugir sobre ella. La isla era verde con rocas rojas, se convertía en la imagen de la isla solitaria y misteriosa de todos los libros ilustrados. La isla de los naufragios y de los mares del sur. Se le hizo un nudo en la garganta y susurró:

¡My! Es fantástico.

Seguro. Todo es fantástico, respondió la Pequeña My irónica. Bueno, más o menos. Lo realmente fantástico sería ir allí con bombo y platillo y toda nuestra parafernalia y descubrir que realmente es una cagada de mosca.

No eran más de las cinco y media de la mañana cuando el Mumintröll siguió las huellas de la Morran a través del jardín. El suelo ya se había deshelado pero de todas formas podía ver dónde se había sentado a esperar, porque la hierba estaba completamente marrón. El Mumintröll sabía que si una morran se quedaba sentada más de una hora en el mismo sitio, allí ya no podía crecer nada nunca más. El suelo se moría de miedo. Había unas cuantas manchas de aquellas en el jardín. La más desagradable estaba en el arriate de los tulipanes.

Un ancho camino de hojas secas llegaba hasta la veranda. Allí se quedó. Precisamente fuera del haz de luz había estado la Morran mirando la lámpara. Después no había podido evitarlo y se acercó tanto que todo se apagó. Siempre pasaba lo mismo. Todo lo que tocaba, se extinguía.

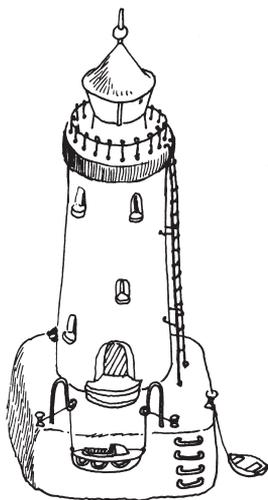
El Mumintröll se imaginó que él era la Morran. Fue arrastrándose despacio y encogido a través de la masa de hojas secas, se quedó quieto y esperó mientras expandía niebla a su

alrededor. Suspiró y miró fijamente y esperanzado hacia la ventana. Era el ser más solitario de toda la tierra.

Pero sin la lámpara aquello no parecía real. Por el contrario, empezó a tener pensamientos alegres, pensamientos de islas en el mar y grandes cambios. Se olvidó de la Morran y se puso a andar balanceándose entre las alargadas sombras de la mañana. Sólo podía pisar los espacios soleados, todo lo demás eran las grandes profundidades del mar. Si no se sabía nadar, claro.

Se oía que alguien silbaba en la leñera y el Mumintroll miró dentro. El primer sol lucía amarillo sobre las virutas que había cerca de la ventana y olía a aceite de linaza y resina. Papá Mumin estaba instalando una pequeña puerta de roble en la pared del faro.

Mira estos hierros, dijo. Están clavados en la roca para poder subir hasta el faro. Si hace mal tiempo, se tiene que ir con cuidado. Lo ves, el barco se desliza hacia las rocas en la cresta de una ola, hay que saltar, engancharlo, levantarlo y cuando



viene la siguiente ola... ya estás a salvo. Avanzas luchando contra el viento, por aquí, ¿ves?, a lo largo de la barandilla, abres la puerta, es pesada, y se vuelve a cerrar. Estás dentro de tu faro. Sólo se oye el mar a lo lejos, a través de los gruesos muros. Allí fuera hay un gran estruendo pero el barco ya está lejos.

¿Estamos nosotros dentro también?, preguntó el Mumin-troll.

Naturalmente, respondió su padre. Estáis arriba, en la torre. Lo ves, todas las ventanas tienen cristales de verdad. Arriba del todo está el faro, la luz, que es roja, verde y blanca y que parpadea a intervalos regulares a través de la noche, de manera que los barcos puedan saber hacia dónde tienen que ir.

¿También tiene luz de verdad?, preguntó el Mumin-troll. Podría tener baterías debajo y quizá encontrar algo que la hiciera parpadear.

Seguro que sí, respondió Papá Mumin y cortó un pequeño escalón para poner delante de la puerta del faro. Pero ahora no tengo tiempo. Por cierto, esto es sólo un juguete, una especie de entrenamiento, ¿entiendes?

Papá Mumin se echó a reír sonrojado y se puso a buscar algo en la caja de herramientas.

Bien, dijo el Mumin-troll. Hasta luego.

Adiós, adiós, respondió su padre.

Las sombras eran ahora más cortas. Estaba llegando un nuevo día, igual de cálido y de bonito. Mamá Mumin estaba sentada en la escalera sin hacer nada y eso parecía extraño.

¡Qué madrugadores sois todos hoy!, exclamó el Mumin-troll. Se sentó a su lado y cerró los ojos a la luz del sol.

¿Sabes que hay un faro en la isla de papá?, preguntó.

Claro que lo sé, respondió su madre. Ha estado hablando de ello todo el verano. Allí es donde vamos a vivir.

Había tanto de que hablar que no dijeron nada más. La escalera estaba caliente. Todo parecía natural. Papá Mumin silbaba el vals del águila marina y lo hacía muy bien.

Bueno, voy a ir a hacer café, dijo Mamá Mumin, pero primero me quiero quedar un ratito aquí tranquila.